

Recibido: Ago., 14, 2018

Aceptado: Dic., 01, 2018


 Néstor Rojas-López,
Lcdo.

Licenciado en Historia (ULA-2011), maestrante de la Maestría en Historia de Venezuela (Universidad de Los Andes, Venezuela) y participante del programa de generación de relevo PLAN-II por el área de Geografía Histórica en la Facultad de Humanidades y Educación (ULA). Investigador Nivel A (2015) del Programa de Promoción al Investigador (CDCHTA-ULA)



EL VÉRTIGO DE *BABEL* Y LA EDUCACIÓN NORMALIZADORA


 Néstor Rojas-López

Universidad de Los Andes
(Venezuela)

roxasnd@gmail.com

Código ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-3777-626X>

RESUMEN

*Ser en sociedad implica la construcción de espacios y mecanismos normalizadores y de homogeneización de lo particular, en función del interés común interpuesto intrínsecamente en el acto mismo de socialización. El orden se erige como la categoría central de este ensayo analítico-interpretativo, desde el cual se pretende generar reflexión sobre el rol de la educación como mecanismo de contención de las fuerzas que desafían el orden social. A tal efecto, se adopta como referente fundamental la teoría del poder de Foucault (1976) en torno al papel capital del acto educativo, dentro del entramado de interdicciones y regulaciones del poder. La educación se entroniza como un mecanismo que modela y produce individuos socialmente aceptables, según el esquema de un ordenamiento específico que se expresa en todo momento de la vida social del individuo en la supresión de todo elemento perturbador del orden. El principio de escolarización en que ha derivado la educación en la contemporaneidad hunde sus raíces en la *paideia* platónica, modelo por excelencia que le asigna a la educación la responsabilidad de regular los primeros años de vida del hombre a favor de determinados parámetros de orden social y en detrimento del vértigo implícito en el caos.*

Palabras clave: orden, poder, socialización, educación normalizadora.

Néstor Rojas-López,
Lcdo.

Universidad de Los Andes
(Venezuela)
roxasnd@gmail.com. Cód.
ORCID:
<https://orcid.org/0000-0003-3777-626X>

BABEL'S VERTIGO AND NORMALIZING EDUCATION

ABSTRACT

Being in society implies the construction of spaces and normalizing mechanisms and homogenization of the particular, in terms of the common interest interposed intrinsically in the very act of socialization. The order is erected as the central category of this analytical-interpretative essay, from which it is intended to generate reflection on the role of education as a mechanism of containment of the forces that challenge the social order. For this purpose, Foucault's theory of power (1976) is adopted as a fundamental reference around the capital role of the educational act within the framework of power interdictions and regulations. Education is enthroned as a mechanism that models and produces socially acceptable individuals, according to the scheme of a specific order, which is expressed at all times of the social life of the individual in the suppression of any disturbing element of order. The principle of schooling in which education has derived in contemporaneity has its roots in the paideia Platonic excellent model that assigns to education the responsibility of regulating the first years of life of man, in favor of certain parameters of social order and to the detriment of the vertigo implicit in the chaos.

Keywords: order, power, socialization, normalizing education.

*Ese desorden que es su orden misterioso,
 esa bohemia del cuerpo y el alma que le abre de par en par
 las verdaderas puertas. Su vida no es desorden más que para mí,
 enterrado en prejuicios que desprecio y respeto al mismo tiempo...*

Julio Cortázar

1. Introducción

El orden establece los límites del poder, que se elabora y reelabora en sí mismo, en la lucha constante por controlar esa madeja de incertidumbres que es el hombre en sociedad. El relato bíblico de La Torre de Babel muestra la manifestación de un imaginario de la confusión a partir del lenguaje como mecanismo de articulación social. Según el mito "...todo el mundo tenía un mismo idioma y usaba las mismas expresiones..." (Génesis, Cap. 11, Vers. 1), la capacidad homogeneizadora del lenguaje condujo al acuerdo de la humanidad, al uso de la técnica para la construcción de una ciudad -en las llanuras de Sinear- con una torre que llegaba hasta el cielo, como punto de referencia para toda la humanidad y para evitar que esta se desparramara por el mundo.

Según el mito, Yavé, el Dios de los hebreos, profirió entonces: "veo que todos forman un mismo pueblo y hablan una misma lengua, siendo esto el principio de su obra. Ahora, nada les impedirá que consigan todo lo que se propongan" (Génesis, Cap. 11, Ver. 5-7). Este Dios confundió, entonces, el lenguaje de los hombres y, por ende, provocó el desacuerdo y la dispersión de la humanidad por toda la tierra.

La etimología con que el texto bíblico explica la palabra *babel* se refiere, precisamente, al lugar donde Yavé confundió el lenguaje de todos los habitantes de la tierra, es, de hecho, el significado más común, al que se adhiere además la Real Academia de la Lengua Española designando en el centro de sus dos acepciones, las palabras desorden y confusión. El vértigo que encierra el desorden y la confusión, es la manifestación más fehaciente de la ausencia de control

sobre la naturaleza humana, y es, en la medida de su exacerbación, la condición que se busca reprimir a través del establecimiento de un orden.

Babel, es en ese sentido –más allá de la intervención de una mano divina disgregadora, como señala el mito- la alegoría del impulso natural del hombre a transgredir el orden y la homogeneización, la vuelta al desbordamiento y a la disgregación; es en cierto modo, donde toma sentido la subjetividad que representa y transforma incesantemente *lo real* (Bravo, 1996, p. 21). En tal sentido, el objeto primordial del presente ensayo busca develar el carácter homogeneizador de la cultura escolar en la contemporaneidad y generar puntos de reflexión en torno a la importancia que revisten al respecto el orden y el poder, como categorías centrales desde las cuales comprender la educación normalizadora.

Desde la perspectiva expuesta, la teoría del poder repartida por toda la obra escrita de Foucault, pero en

particular, a través de “Vigilar y castigar. El nacimiento de una prisión” (1976), contribuye en esta interpretación, a partir de los postulados transversales de esta postura teórica, según el cual, el poder, más allá de imponerse sobre la base de la represión y del ocultamiento, más bien se expresa sobre la producción de mecanismos de normalización y categorización de lo individual, así como en la producción de un entramado de verdades sustentadas en la construcción del orden y la identidad.

2. Desarrollo argumentativo

El acto de socialización es un acto de necesaria normalización y se juzga como necesaria desde la consideración de que el hombre no es tal sino en sociedad. Ser en sociedad implica entonces el establecimiento de un orden desde el cual se fundamenta lo real como un conjunto de objetividades y presuposiciones compartidas por una cultura determinada, que se sustenta, así mismo, en dos pilares que le proporcionan fijeza y estabilidad: el

poder y la verdad. El primero establecido en términos absolutos y legitimado por el segundo, que reviste al poder de una moral que ha tomado partido por el bien frente al mal; en ese sentido, el cuestionamiento de la verdad se traduce como cuestionamiento del orden, del poder y la moral (Bravo, 2004, p. 124-125).

Por consiguiente, el orden se organiza y regula con base en elementos bien definidos. La divinidad resulta uno de los primeros elementos reguladores, más allá de la invención de dioses, lo divino procede de una matriz generadora de dioses que se corresponde con la necesidad de orden que acompaña la existencia del hombre frente al vértigo de la incertidumbre, matriz que ubica como necesaria la presencia de un ser superior y ordenador (Bravo, 2004, p. 126).

Otro elemento fundamental del acto normalizador de la socialización lo constituye la interdicción; la prohibición delimita el orden, regula en primera instancia el impulso del deseo y la destrucción (sexualidad y

muerte), así como en lo referente a la conducta, lo divino, la muerte, la alimentación, el vestido, etc. La noción de ley entonces, regula excluyendo, a través de sus parámetros, los elementos perturbadores del orden vinculados con la sexualidad, el crimen, la locura y la enfermedad (Bravo, 2004, p. 125-136).

Dentro del entramado de interdicciones y regulaciones del orden, viene a cumplir un papel capital el acto educativo y, por derivación, el acto de escolarización educativa. La educación se entroniza como un mecanismo que modela y produce individuos socialmente aceptables, según el esquema de un ordenamiento específico que se expresa en todo momento de la vida social del individuo en la supresión de todo elemento perturbador del orden. El principio de escolarización en que ha derivado la educación, hunde sus raíces en la *paideia* platónica, modelo por excelencia que le asigna a la educación la responsabilidad de

regular los primeros años de vida del hombre a favor del orden social.

La *paideia* configura el paradigma académico de la civilización occidental, paradigma que se inserta con absoluta vigencia en la actualidad. Así por ejemplo, ceñido al ideal de organización de la República platónica, el Estado asume la formación de los hombres que deberían instruirse para la función de gobierno, y en un sentido más cercano a la actualidad, el Estado asume la educación como la formación de ciudadanos útiles a la sociedad; en consecuencia y como retribución, el individuo debe poner al servicio del Estado y la sociedad el conocimiento adquirido.

Por otro lado, la educación –según este paradigma- no es otra cosa que la corrección del error, la orientación de una capacidad para aprender que, por naturaleza, está mal conducida, por lo cual, la corrección se enfoca en la represión del cuerpo y del placer, puesto que sólo mediante el imperio razón y el dominio de la naturaleza – *physis*- se accede a la sabiduría. Así

mismo, el criterio moral de este paradigma, subyace en el *bien* como principio de todo lo *bueno* y lo *bello* que habita en el mundo de lo inteligible, de donde se engendra la *verdad* (Platón, 2012, p. 241-273).

En torno a esta idea, el sentido de la *paideia* es la organización de la República de acuerdo a un criterio jerárquico, donde cada cual debe ocupar un lugar en la sociedad. Esto es, la organización de un Estado convenientemente organizado en tres estratos signados por tres condiciones esenciales:

1. gobernantes o guardianes filósofos (razón);
2. Guardianes auxiliares soldados (espíritu);
3. Ciudadanos ordinarios productores (apetitos).

Este orden conducente a la organización debidamente jerarquizada, señala y separa el papel de cada individuo en función de la armonía y el bien de la sociedad.

La Edad Media plantearía un ordenamiento social en cierta medida parecido al de la República platónica, pero que sustituye el primer estrato del orden social platónico por la

preeminencia de la Iglesia Católica, y en el cual, el *rey* gobernante era el centro de este orden puesto a su servicio y al del cuerpo armónico de la sociedad. Según la traducción de Boecio De Consolatione, hecha por el rey de Inglaterra, Alfredo el Grande, a finales del siglo IX, el rey había de tener: hombres de plegaria (sacerdotes), hombres de caballo (guerreros) y hombres de trabajo (campesinos) (Le Goff, 1999, p. 231). Siglos más tarde, la modernidad sustituiría este orden por uno en el que la tecnificación del conocimiento –propia de la *paideia*- y de los oficios, le asignaría un lugar a cada individuo dentro de la organización social.

El orden, es sobre todo una reacción que se expresa a través del establecimiento de límites frente al vértigo de lo que hemos denominado como *babel*, la confusión, y, de algún modo, el caos. En un sentido individualizado, el orden es una respuesta frente a la naturaleza y la diversidad humana, trasciende al umbral de lo social y se sitúa frente a lo desconocido, a la alteridad. *La*

República de Platón surge como reacción metafísica ante la expansión del helenismo, en el que el auge de las nuevas monarquías rompió los límites de las *polis* como marco de organización política. El planteamiento de una moral incuestionable, amparada en la dicotomía del bien y el mal, establece una frontera rígida en la que el orden se resguarda de las amenazas que comporta el cambio.

La República romana hereda de la Grecia tardía esta concepción de frontera; bajo esta premisa, el ciudadano romano - *homo humanus* o *homo romanus*- se opone y emprende el dominio militar y cultural de todo lo que no se encontraba muros adentro de la República -el *homo barbarus*-; la barbarie plantea para el *homo romanus* un encuentro con la alteridad desestabilizadora del orden, dominio que sentaría a *posteriori* las bases del Imperio Romano. De igual forma, el Occidente medieval nace bajo las ruinas del mundo romano, la cristiandad como dogma religioso y

fundamento metafísico establece los límites; la ciudad y sus murallas reúnen un espacio de defensa contra la barbarie, contra el caos que había dejado a su paso la caída de Roma en el siglo III d.c. (Le Goff, 1999, p. 21).

El advenimiento de la modernidad, va a significar la reproducción de esta concepción del límite. La puesta en marcha del humanismo frente a las concepciones de la escolástica medieval, dibuja la frontera ante todo aquello proveniente de las concepciones míticas y ontológicas con que concebía la realidad el hombre de la Edad Media, el nuevo *homo humanus* se transforma en una reacción ante todo lo que no entra en los límites del racionalismo, la nueva barbarie es lo inhumano (Heidegger, 2000, p. 320-321).

La metafísica subjetiva moderna incorpora el solipsismo como establecimiento del dominio humano sobre la realidad, el método científico renueva la interpretación técnica del pensar –traída desde Platón y Aristóteles- como el procedimiento de

reflexión puesto al servicio del hacer y del fabricar (Heidegger: 2000, 315); la tecnificación del pensar asigna al individuo un lugar dentro de la sociedad, en razón de la utilidad práctica de sus conocimientos. La ciencia se erige como la verdad absoluta representada desde el imaginario de la luz, por lo que la lucha contra la barbarie es, sobre todo, una lucha contra el oscurantismo, contra todo pensamiento místico opuesto a la rigurosa comprobación científica e ideal de progreso.

La barbarie se reduce, así mismo, a la propia naturaleza del hombre, el cuerpo y los impulsos de este son señalados, no sólo como el atisbo de una animalidad que debe ser dominada por la razón, sino como la representación de una potencial monstruosidad situada al otro lado de la frontera de la humanidad. La teoría de Hobbes (2018) “el hombre como lobo del hombre”, legitima la estructura del dominio de unos seres sobre otros; el establecimiento de un orden y un poder que salve al hombre del hombre, justifica entonces la

implementación de poderosos dispositivos de autoridad para el castigo y la vigilancia sistematizada (Bravo, 1996, p. 16). La disciplina se convierte en una de las herramientas más eficaces del poder, puesto que llega a la raíz misma de *babel*: el individuo. Ya sea en cuarteles, cárceles, hospitales, fábricas o escuelas, el poder disciplinario saca provecho de la individualización, es un poder que tiene por objeto enderezar las conductas, no reduce ni destruye las fuerzas, sino que las conduce a manera de multiplicarlas y usarlas (Foucault, 1976, p. 174).

Bajo este supuesto, la educación escolarizada tiene dos funciones complementarias entre sí: formar y corregir. Para los fines del pensamiento económico y político moderno, la formación de ciudadanos útiles que puedan insertarse sin inconvenientes en la dinámica social, comporta al mismo tiempo la puesta en marcha de un poder disciplinario que tienda a normalizar, obligue a la homogeneidad y que reduzca las desviaciones a través de un castigo

esencialmente correctivo. Así mismo, conlleva el diseño de toda una arquitectura tendiente a la vigilancia y a ejercer un control detallado y articulado con un sistema de vigilancia jerarquizada, en el que los mismos individuos que son vigilados, contribuyan con el acto de vigilar.

La mirada normalizadora, no es otra cosa que un sistema sostenido sobre la base de la calificación y la clasificación, el individuo es vigilado para diferenciarlo y en virtud de esto castigarlo o recompensarlo. Sin embargo, la mirada normalizadora centra su atención en el individuo que constituye un caso; en un sistema disciplinario el niño, el enfermo, el loco y el delincuente son los casos en los que la mirada normalizadora centra todos los mecanismos individualizantes, pero, cuando se requiere individualizar al adulto, sano, normal, legalista es porque se busca lo que hay en él de niño, locura secreta que lo habita, el crimen que ha querido cometer (Foucault, 1976, p. 198). Como se había señalado páginas atrás, estos son los

denominados elementos perturbadores del orden, a los cuales, dentro de la organización social moderna y su mecanismo disciplinario, se suma la niñez.

Ahora bien, desde esa perspectiva, la escuela es al niño -como caso individualizado que debe ser calificado, clasificado y corregido- lo que el hospital es al enfermo o la cárcel al criminal. Un espacio de reclusión y de represión corporal, en el que la expresión, la producción y la creación deben ser cercenadas por el pensamiento técnico y reproductivo que normalice y haga lo más homogéneos posibles a los ciudadanos requeridos por el orden social. Las potencialidades de la humanidad en un escolar, parecieran condensar las posibilidades de ese *babel*, en el que reina el caos, el desorden y la confusión, cual país de las maravillas.

Al respecto, una de las imágenes más fascinantes que autor alguno haya podido proponer para representar la escuela, es la que

presenta el pedagogo francés Meirieu (1998) cuando señala:

...Sería una “especie de escuela”, como diría Alicia, con una “especie de gente”, de gente rara que no hace nunca lo que se espera de ella, (...) en la que, para quien sepa ver las cosas de cerca hay a veces “un cono que saca el reloj de bolsillo de su chaleco (p. 95).

Resulta interesante mirar esta perspectiva referente a la obra maestra de Lewis Carroll “Alicia en el país de las maravillas”, a contrapelo de una pedagogía centrada en el ensamblaje de conocimientos surgidos de las ciencias, trozos de cadáver sacados por Frankenstein del cementerio –que- permiten el surgimiento de un hombre (Meirieu, 1998, p. 93).

Esta escuela del ensamblaje, en el que los contenidos “adecuados” para la formación académica del alumno están “debidamente” encajonados y sectorizados de acuerdo al pensamiento lógico y un orden específico, se corresponde con esa fascinación de la que habla Meirieu (1998), por la simetría y la

organización, la necesaria eficacia y distribución rigurosa de las tareas; fascinación por el equilibrio y lo racional, olvidando que el hombre es mucho más que geometría. En ese sentido, como lo refiere Bravo (2004), “el orden se impone como el imperativo de la homogeneidad y la presuposición, de la jerarquía y el poder, del interdicto y de la sumisión, de la asunción de la verdad y del valor moral...” (p. 37). A propósito de esta idea, el prenombrado autor trae a colación las palabras de Rosset (1994, citado en Bravo, 2004, p. 38), quien señala que “el gusto por la certidumbre a menudo está asociado a un gusto por la servidumbre,

El poder, se sustenta en las premisas del orden y del control, la localización del individuo en un espacio en el que debe ocupar el puesto que le ha sido asignado, “... en el que cada cual queda inscrito en una red de poderes que lo atenazan y le asignan definitivamente un sitio...” (Meirieu, 1988, p. 98), panorama este, desde todo punto de vista castrante, que desdibuja la función creadora de la

enseñanza y encarcela las potencialidades del *ser*, pero que no dista demasiado de esa pedagogía tecnificada y cuantificada que prima en nuestro sistema educativo.

3. Conclusiones

El orden se impone como una necesidad de control, ya sea individual o social, la transgresión de los límites que circundan ese orden es también parte de la naturaleza humana; la posibilidad de crear las condiciones que generen la irrupción del *ser* humano desde la transgresión creadora, subyace en la capacidad para fomentar el pensamiento crítico o la conciencia crítica, sabiendo que esta condición subversiva se esconde en -y debe partir de- la pregunta, así como la consideración de que la expresión plena del conocimiento es la conciencia crítica y a su vez el poder pleno de la condición humana.

Aparentemente, además de diversidad, *babel* es pensamiento crítico, pero todo pensamiento crítico resulta incómodo, como incómodo le resulta al poder todo cambio, que lo traduce, desde su dogma y su

vértigo, como desorden caos y confusión. Es allí donde retornamos a la imagen que Meirieu (1998) representa a través de “el país de las maravillas”, con una “especie de escuela” en la que se aprenda a acoger lo imprevisto y lo no tabulado, para observarlo con curiosidad, en la que los caminos no siempre están trazados, sino que susciten las interrogantes acerca de cuál camino tomar, y en la que basta con que haya algunos gatos y pedagogos (Meirieu, 1998, p. 96).

Heidegger, M. (2000). *Carta sobre el humanismo*. Madrid, España: Alianza Editorial.

Hobbes, T. (2018). *Leviatán*. Madrid, España: Alianza Editorial.

La Biblia (1990). Madrid, España: Ediciones Paulinas/Verbo Divino.

Le Goff, J. (1999). *La civilización del occidente medieval*. Barcelona, España: Editorial Paidós.

Meirieu, P. (1998). *Frankenstein Educador*. Barcelona, España: Laertes S.A., Editores.

Platón (2012). *La República*. Caracas, Venezuela: Ediciones El Trébol siglo 21, C.A.

Referencias

Bravo, V. (1996). *Figuraciones del poder y la ironía*. Caracas, Venezuela: Monte Ávila Editores.

Bravo, V. (2004). *El mundo es una fábula y otros ensayos*. Mérida, Venezuela: Ediciones Puerta del Sol.

Cortázar, J. (2005). *Rayuela*. Ciudad de México, México: Suma de Letras S.A.

Foucault, M (1976). *Vigilar y Castigar. El nacimiento de la prisión*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI Editores.